HOMILÍA DE LA MISA CRISMAL

Miércoles, 16 de abril 2025

1. Al comenzar esta reflexión, quisiera en primer lugar, saludar a los sacerdotes que están presentes en esta santa misa Crismal, como también a los diáconos en tránsito, a los diáconos permanentes y sus esposas, a todos los agentes pastorales y fieles que se han congregado para celebrar como Iglesia diocesana, en un mismo Espíritu, los misterios de la Vida del Señor.
2. Se me alegra el corazón con el hecho de pensar y sentir que al igual que nosotros, en muchas partes del mundo, y en cada Diócesis de nuestro país se está celebrando esta eucaristía, que es un acontecimiento único y universal a la vez. En tantos lugares, ante la persona del Obispo, los sacerdotes realizan la renovación de sus promesas sacerdotales, hechas el día en que recibieron el orden sagrado. Hoy, en el momento en que los sacerdotes hagan su renovación de las promesas, invito a las religiosas y religiosos, consagrados, diáconos y fieles laicos, a no solamente acompañar con su oración a los sacerdotes, sino que también, en el silencio de sus corazones, puedan renovar su fe y discipulado en el servicio y la misión, puesto que, en esta misa también se bendice y consagra los oleos que se ocuparan para administrar los santos sacramentos.
3. Desde la radical igualdad bautismal en comunión con toda la Iglesia, los hermanos y hermanas consagrados de la Diócesis, unidos a su Pastor, hoy en horas de la tarde, nos hemos retirado, para vivir un momento de oración y silencio; como también hemos peregrinado desde la parroquia Santísimo Redentor hasta nuestro Templo Catedral, para ganar la indulgencia plenaria en este Año Santo del Jubileo. Caminamos juntos animados por el Espíritu, haciendo eco de las palabras pronunciadas por Jesús en el evangelio “el Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió, me ha enviado para llevar la Buenas Noticias a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para poner en libertad a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor.” (Lc. 4,18 - 19)
4. Las palabras del profeta Isaías, son las que enmarcan el punto de partida de la misión de Jesús y la proclamación de un año de gracia o año jubilar, que incluía la condonación de deudas, la liberación de esclavos y una buena noticia a los que sufren. El jubileo bíblico y eclesial que estamos viviendo con motivo de la conmemoración de los 2025 años de la Encarnación y nacimiento de Jesús, es exigente, en cuanto que, esta animado por la espiritualidad teológica de la justicia y de la misericordia.
5. Misericordia, es la principal característica del corazón sacerdotal en las relaciones con todas las personas. El autor de la Carta a los hebreos exige al sacerdote una completa solidaridad con los hombres e insiste en la necesidad de la misericordia. Solo contemplando la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús, se comprende la importancia de la relación del sacerdote con el pueblo, caracterizada principalmente por la compasión y la misericordia. Así es el sacerdocio de Jesús, el nuestro ministerial y por el bautismo, el sacerdocio común de los fieles.

6. A través de los sacerdotes, la Iglesia obedece al mandato divino del Resucitado: “como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes” (Jn 20,21). La misión: «vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19), es acompañada de varias tareas: “bautícenlos en el nombre del Padre y de Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado” (Mt 28,19-20); además de perdonar los pecados (Jn, 20,23) y ser fieles a la misión confiada en la Última Cena: «¡hagan esto en conmemoración mía!» (Lc 22,19).
7. Por vocación los sacerdotes somos invitados a ser peregrinos de esperanza, entre el pueblo y con el pueblo de Dios, sirviéndolos al estilo de Jesús, abiertos al Espíritu Santo que hace nuevas todas las cosas, y trabajando juntos por el Reino. De alguna manera estaremos haciendo presente y refrescando esa maravillosa carta del papa san Juan Pablo II: Pastores Dabo Vobis, “Os daré pastores” del año 1992, subrayando que hemos sido llamados, pero también capacitados en virtud del Espíritu Santo, para acompañar, enseñar y santificar. Él nos configura de una manera especial para que podamos vivir la caridad pastoral, la alegría misionera, y gritar como el apóstol Pablo “hay de mí si no proclamo el evangelio” (1Cor 9, 16).
8. En nuestro camino sinodal y jubilar, todos somos invitados a vivir cada día lo que san Pablo nos enseña a través de las palabras de su primera carta a los Corintios: “Nadie puede decir Jesús es el Señor, si el espíritu Santo no le habita. (1Cor 12,3)
9. La sinodalidad es un estilo de vida y de ministerio sacerdotal que implica la corresponsabilidad de todos los bautizados en la misión evangelizadora de la Iglesia. Los sacerdotes sinodales caminarán junto con su obispo para dirigir y realizar la misión de la Iglesia local. El camino sinodal, requiere sacerdotes, consagrados, laicos y comunidades implicadas en el diálogo y la escucha mutua, en saber acoger, haciéndose cercanos. Implica, además, corresponsabilidad en el servicio, cultivando la comunión, participación y la misión. Que sean capaces de un discernimiento comunitario para el bien de toda la Iglesia.
10. Los sacerdotes, por vocación y misión, teniendo presente el contexto que vivimos y el mundo que habitamos, renuevan en este día y para siempre, ser signos de: la presencia del amor incondicional de Jesucristo por la humanidad, del perdón con el que quiere reconciliarnos. Nosotros fuimos llamados para ofrecer, al igual que Jesús, la vida por los hombres y mujeres; llevándolos a Jesús, que es el único que sana las heridas del corazón. Por eso el Dios en el cual el sacerdote, y todo creyente, debemos creer y anunciar, en un mundo cegado por el poder, la dominación, las ideologías absolutas, la prepotencia, la violencia y la desobediencia a la voluntad del creador, es un Dios que bajó del cielo y se hizo vulnerable, que ha elegido libremente la vulnerabilidad para manifestar su amor. Un Dios vulnerable no se impone por la fuerza, sino que busca que seamos hijos e hijas felices, porque somos libremente amados por Él. Por eso, el fruto consecuente de la salvación es nuestra libertad, reconociendo y aceptando nuestra propia vulnerabilidad, sin avergonzarnos de ella.

11. Por tal motivo, todos los que profesamos la fe en Dios Uno y Trino, seremos juzgados por nuestra relación con los pobres, por nuestro compromiso evangélico y místico con los sencillos, por el cuidado y defensa de los que carecen de defensa, y por nuestra oposición a las leyes que atentan contra la vida humana y de la creación, más aún de los inocentes aún no nacidos. Por eso no se puede comprender una comunidad bautismal y parroquial, si no es desde la profecía evangélica al estilo de Jesús. Qué importante es asumir en nuestras vidas el sermón de la montaña, donde Jesús a través de las Bienaventuranzas nos habla del cómo ser felices en una Iglesia comprometida en el camino Sinodal, en la comunidad sinodal, en la sociedad toda.
12. Queridos sacerdotes, no se cansen de perdonar, sean compasivos y misericordiosos. Solo con una vida habitada por el Dios de la compasión, se puede ir en búsqueda permanente de los alejados y ofrecerles misericordia. Al igual que el santo Cura de Ars, especialmente en este Año Jubilar, seamos consumidos en el confesionario. A ustedes queridos fieles, los invito encarecidamente a cultivar y vivir el sacramento de la reconciliación, acérquense al confesionario, para recibir la gracia del perdón de Dios, como signo de los cielos nuevos y de la tierra nueva anunciados por Jesús. No abandonen este sacramento de salvación y liberación. Dios, por medio del sacerdote es el único que nos perdona, repara y libera de tantos males.
13. En este día en que anticipamos el Jueves Sacerdotal, les pido que siempre recen, hablen y dialoguen sobre la importancia de la vocación al sacerdocio y a la vida religiosa y la necesidad de ella en la Iglesia. Las vocaciones nacen en la familia, aunque también en la Comunidad. Sean valiente, hablen en los ámbitos mencionados, como también en los colegios, que exista un verdadero diálogo pastoral al respecto. Soy un convencido que el Señor sigue llamando, y que en nuestro tiempo se están forjando de un modo silencioso, los futuros sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, misioneros, santos y santas del presente y para el futuro de la Iglesia y en bien de la humanidad. No está demás, pedirles queridos hermanos laicos, que recen por los sacerdotes, recen por sus curas, cuídenlos, para que perseveren en su vocación y que sean fieles al ministerio confiado.
14. Ustedes queridos sacerdotes, queridos párrocos, conocen desde adentro la vida del pueblo de Dios, sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias, sus preocupaciones y necesidades. Por ello que nuestra Iglesia sinodal y jubilar necesita de ustedes, para que guíen y acompañen el rebaño que Dios les ha confiado. Todos estamos llamados a peregrinar juntos, sacerdotes y laicos, por el camino de la sinodalidad.

Tengan ánimo, mucho ánimo y alegría en sus corazones, encomiando sus vidas y su ministerio a la protección de Ntra. Sra. del Carmen de la Tirana y de San Lorenzo mártir, para que, siguiendo su ejemplo, sean peregrinos fieles de la fe, en el amor y la esperanza.

+Isauro Covili Linfati, OFM

Obispo de la Diócesis de Iquique